

sayismo hispánico de las primeras décadas de nuestro siglo nos suena a cosa huera y comida por el tiempo nos llega, casi inopinadamente, la voz de aquel alcaláino lúcido, que amó con pasión entrañable el espíritu de la lengua castellana. Una voz que todavía puede ser escuchada. ■ JAVIER ALFAYA.

Premio Ateneo de Sevilla: Ahora, José Antonio

Dándole ramonianamente la vuelta al manubrio del ludibrio del bodrio de los premios literarios, de aquí a nada tendremos que el señor Lara le da el Planeta a una novela en que se imagine —que es mucho imaginar— que el general Franco no ha muerto y que todavía anda como ustedes pueden fácilmente deducir. Porque el "pool" Lara, que parece que también va a editar el "Playboy", para que todo quede en casa y muy cerca de Alianza Popular, le ha cogido el tranquillo a las novelas de ficción histórica. Es muy fácil. Se coge un tema histórico y se le da la vuelta: una novela sobre qué habría sido del marqués de Villaverde si no llega a casarse con Carmencita Franco; una novela sobre qué habría sido de Girón si Hohenlohe no pone en regadío turístico la Costa del Sol; una novela sobre qué habría sido de López Rodó si el padre Escrivá en vez de escribir "Camino" se va a la Legión con Millán Astray y luego es



José Antonio, resucitado por Rojas en la URSS.

laureado en la brecha de la muerte de Badajoz, tras lo cual se desengaña del fascismo, se exilia a Méjico y andando el tiempo pasa a ocupar el puesto de ayuda de cámara del señor Tarradellas.

Si esa fábrica de novelas que es la casa Lara sigue dando muestras de imaginación como las esbozadas —y parece que la cosa va por ahí—, dentro de poco la historia de la novela española será un bolero de Machín o un verso de Cernuda, de lo que pudo haber sido y no fue. Claro que la novela es una cosa y el señor Lara es otra. El señor Lara es de Alianza Popular y le gusta la marcha nacional, la paz y el orden del señor Fraga. Y a la novela parece que no.

Viene todo esto al caso porque el otro día el señor Lara armó en Sevilla el festín de Baltasar de rigor para darle un millón de pesetas a una novela de éstas, con el pretexto del Premio Ateneo de Sevilla. Ahora la cosa va de José

Antonio. Que resulta que no fusilan a José Antonio (Primo de Rivera, hay que ir ya especificando), y que lo canjean o algo así, y que lo llevan a la Unión Soviética (Lara dice Rusia, claro), y que Stalin lo mete en la cárcel, y que después Stalin va y le saca, y que Stalin se hace íntimo amigo de él, y que, vamos, que se echan unas parrafadas que no veas, y que tanto quiere y tanto admira Stalin a este fascista que tanto me quiere y tanto me admira que después de que asesinen a Trotsky se compadece y lo pone en libertad (a José Antonio; Trotsky no se salva en el guante vuelto de la Historia), y nada, que de exiliado el jerezano en Méjico y si me apuran, pues con la cadena televisa en estos días, a estrechar lazos y a olvidar Echeverría.

Esto es una novela. Estas son las novelas del transfranquismo por las que los transfranquistas de Alianza Popular adelantan un millón de pesetas, esperando recuperarlo tras la emisión del primer "spot" en televisión.

Se me olvidaba decirles que el señor que ha escrito esto para Lara se llama Carlos Rojas. Otra vez. Ustedes recuerdan lo que Carlos Rojas hizo con don Manuel Azaña. Así que pueden imaginarse lo que ha hecho con José Antonio. ■ ANTONIO BURGOS.

Fornier: La ilustración conservadora

Su apología de la cultura española, escrita como refutación de las críticas dirigidas por "los extraños", le valió los más encendidos elogios de don Marcelino Menéndez y Pelayo. En un "siglo de abates y petimetres", Juan Pablo Fornier cobraría en su Oración apologética la estatura de un "gladiador literario", sin duda precursor de la imagen que don Marcelino se confería a sí mismo de nuevo Santiago vindicador de los valores hispánicos en denodada lucha contra "un batallón de osados sofistas contra su Dios y contra su Cristo". Es así como este agrio polemista y buscador insaciable de recompensas para sus servicios literarios que fue Fornier había de incorporarse por pleno derecho al patrimonio de nuestros escritores tradicionalistas, en tanto que la otra tradición, la liberal, le re-

cusaba como hombre y como escritor. Trazó la pauta el propio Jovellanos, al comentar en 1797 la muerte del protegido de Godoy: "Murió don Juan Pablo Fornier, tan desamado en el foro como en el Parnaso (...) Corre que le sucederá Meléndez, y tan manchada queda su silla que no lo deseo".

La tendencia historiográfica a encasillar las posiciones, favorecida por la dureza de la confrontación entre ilustrados y adversarios de las luces en nuestro XVIII, hizo posible la persistencia de esa imagen dual de Fornier. Sin embargo, ya en las últimas décadas, Tierno Galván y, sobre todo, José A. Maravall pusieron de relieve la complejidad de la obra de un hombre que, a pesar de su calidad de apologista no dejaba por eso de ser un ilustrado, y que en la misma Oración apologética no sólo se enfrenta a los racionalistas críticos de la década de 1780, como son los redactores de El Censor, sino que se coloca a una distancia insalvable de las formas de pensamiento reaccionario que por los mismos días defienden clérigos como el padre Zevallos o fray Diego José de Cádiz. La modernidad de otros textos de Fornier, como el "Discurso sobre la historia de España", forzosamente inédito en vida de su autor, hacían urgente la revisión de la obra y de la figura del incómodo polemista.

Un primer apunte de esta revisión nos fue ya dado por François Lopez, profesor de la Universidad de Burdeos, al presentar dos de los escritos más lúcidos de Fornier: el precitado discurso sobre la historia y el informe fiscal sobre la Universidad de Salamanca (1). Pero lo que entonces era sólo un planteamiento general, al modo feijooniano, para deshacer los errores comunes acumulados sobre Fornier, ha pasado a ser uno de los mejores estudios biográficos consagrados a un intelectual español en el siglo de las Luces. En su monumental Juan Pablo Fornier y la crisis de la conciencia española en el siglo XVIII (2), F. López resume los quince años de trabajo que corresponden a la

(1) Juan Pablo Fornier: La crisis universitaria. La Historia de España. Textos hispánicos modernos. Ed. Labor. Barcelona, 1973.

(2) Burdeos, 1976. 704 páginas.



El editor Lara y el escritor Rojas, juntos hace unos años, en la entrega del Premio Planeta —en la fotografía— van otra vez de la mano con el Ateneo de Sevilla.